



NUEVAS GRACIAS ESPIRITUALES

OTORGADAS A LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

por Su Santidad el Papa PÍO X

PIUS P. P. X

PÍO X, PAPA

AD PERPETUAM REI MEMORIAM.

PARA PERPETUA MEMORIA

Cum Nobis App. Principis Cathedram obtinentibus antiquius nihil sit magis, quam ut Catholicum nomen latius per Orbem propagetur, et inter gentes longo terrarum morisque spatio disjunctas errorum umbram Evangelii lumen depellat, pias Fidelium Societates, quæ ad sacra expeditiones provehendas intendunt, et divini verbi præcones stipe corrogata sustentant, peculiaribus privilegiis ac spiritualibus gratiis cohonestare ac ditare satagimus. Hoc quidem consilio cum conciliorum centralium Præsules Pii Operis Propagationis Fidei Nos enixis precibus flagitaverint, ut sacerdotibus qui operam suam prædicto Operi impendent veniam largiri dignaremur benedicendi Rosariis, sive Coronis precatoriis, eisque applicandi indulgentias, quæ a Patribus Crucigeris vulgo appellantur. Nos piis huiusmodi precibus annuendum libenter existimavimus. Quæ cum ita sint, de omnipotentis Dei misericordia ac BB. Petri et Pauli App. Eius auctoritate confisi, cuiusque Sacerdoti cui nunc et in posterum ubique terrarum munus demandatum fuerit, in aliqua Paræcia aut in aliqua Communitate colligendi eleemosynas pro Opere Propagationis Fidei, quantacumque sit pecuniæ vis quæ ab ipso colligatur, autem etiam illi, qui de propria stipe in capsam ejusdem Pii Operis inferat pecuniæ summam illi parem quam una Decuria solveret; et cuique pariter Sacerdoti, qui ad quodcumque Concilium seu Comitatum ipsi Pio Operi dirigendo vel promovendo pertinet, aut etiam qui ab Episcopo designatus Rector Diœcesanus omnibus fungitur muneribus quæ forent explenda per Concilium seu Comitatum ejusdem Pii Operis, nec non Sacerdoti qui in anno summam respondentem mille subscriptionibus in capsam Pii Operis intulerit, undecumque eam acceperit, durante respectivo munere, facultatem concedimus benedicendi unico crucis signo, de consensu Ordinarii loci in quo dictam facultatem exerceat, Rosaria, sive Coronas precatorias, eisque adnectendi Indulgentias a Patribus Crucigeris appellatas, nempe indulgentiam quingentorum dumtaxat dierum, defunctis quoque applicabilem, a Christi fidelibus lucrandam, quoties aliquam ex eisdem Coronis manu gerentes Orationem Dominicam vel Salutationem Angelicam devote recitaverint, dummodo tamen

AÑO XVI.—NÚM. 305

Nos, que ocupamos la sagrada Cátedra del Príncipe de los Apóstoles, no hallando nada tan excelente como el propagar por todo el orbe la santa Religión Católica y disipar con la luz del Evangelio las tinieblas del error en todas las naciones, por muchas que sean las tierras y mares que las separen; no titubeamos en realzar y enriquecer con particulares privilegios y gracias espirituales las Asociaciones de fieles cuyo objeto sea multiplicar estas santas empresas y sostener, con las limosnas que recogen, á los mensajeros de la Palabra Divina. A este fin habiéndonos rogado con instancia los Presidentes de los Consejos Centrales de la Obra de la Propagación de la Fe que nos dignásemos conceder á todos los sacerdotes que prestan su concurso á esta tan benéfica Obra la gracia de poder bendecir rosarios y aplicarles las indulgencias llamadas de los Padres Crucíferos, nos ha sido grato acceder á sus piadosas súplicas.

Y así, por la Misericordia de Dios Todopoderoso, y con la autoridad conferida á sus Santos Apóstoles Pedro y Pablo,

A todo sacerdote, de cualquier lugar que sea, que esté ó en lo sucesivo estuviere encargado en una parroquia ó establecimiento de recoger limosnas para la Obra de la Propagación de la Fe, sea cual fuere la cantidad que recogiese, así como el que de su propio peculio entregase á la Caja de la Obra el producto de toda una decena;

A todo sacerdote, miembro de un Consejo ó Comité, encargado de dirigir ó promover la Obra, ó que, nombrado Director diocesano por su Obispo, desempeñase las funciones correspondientes al Consejo ó Comité de la Obra,

Y á todo sacerdote que en el transcurso de un año aportase á la Caja de la Obra una suma que represente como mínimo el producto de mil suscripciones, cualquiera que fuese la procedencia de esta cantidad:

A cada uno, en tanto dure su respectiva función, concedemos la gracia de que, mediante la señal de la cruz, previo el debido consentimiento del Ordinario del lugar en que se hallare, pueda bendecir los rosarios y aplicarles las Indulgencias llamadas de los Padres Cru-

15 DE MARZO DE 1908

Coronæ ita benedicendæ iuxta typum coronarum Sanctissimi Rosarii B. M. V. fuerint confectæ. Tandem largimur, ut si forte contingat pecuniæ summam durante anni curriculo colligendam esse præstitutæ minorem nihilominus Sacerdoti qui anno præcedente summam integram collegerit fas esto dicta benedicendi coronis facultate uti, ad finem usque vertentis computationis. Et Sacerdoti similiter qui una vice ex ære proprio in capsam pii Operis summam intulerit quæ illam æquet quam mille adscripti solverint, ut sua naturali durante vita prædicta facultate gaudere possit ac valeat, præsentium tenore concedimus.

Præsentibus perpetuo valituris. Datum Romæ apud Sancte Petrum sub Annulo Piscatoris die I Februarii MDCCCXVIII Pontificatus Nostri Anno Quinto.

Card. MERRY DEL VAL,
ex secretis Status.

Loc. sig.

Visum cum reverentia, recognitum et executioni datum.

Lugduni, die 18º mensis Februarii 1908.

† PETRUS, Card. COULLIÉ, *arch. Lugd. et Vienn.,
Primas Galliarum.*

cíferos; es decir, una indulgencia de 500 días aplicable á las almas del purgatorio, que los fieles podrán lucrar cada vez que teniendo uno de estos rosarios en la mano rezaren devotamente la Oración Dominical ó la salutación Angélica, debiendo estos rosarios ser conformes al tipo adoptado por los del Santísimo Rosario de la Bienaventurada Virgen María.

En fin, para el caso de que fuese incompleta la suma recogida durante un año, Nos concedemos al sacerdote que hubiese entregado íntegra la del año precedente, permiso para continuar disfrutando de la gracia de poder bendecir en dicha forma los rosarios hasta fin del corriente ejercicio. Y asimismo, por las presentes, Nos damos al sacerdote que de una sola vez y de su propio peculio ingresase en la caja una suma igual al producto de mil suscripciones, el derecho de gozar toda su vida dicha facultad.

Las presentes letras sean válidas á perpetuidad. Dado en Roma junto á San Pedro bajo el sello del anillo del Pescador, el 1.º de Febrero de 1908, año quinto de Nuestro Pontificado.

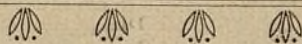
Card. MERRY DEL VAL,
secretario de Estado.

Lugar del sello.

Con el debido respeto, visto, reconocido, y despachado para su cumplimiento.

Lyon, 18 de Febrero 1908.

† PEDRO, Card. COULLIÉ, *arzob. de Lyon y de Viena, Primado de las Galias.*



CARTAS DE MISIONEROS

GHOARGAON (INDIA INGLESA)

Nacimiento y progresos de esta Misión

El R. P. Miguel Forel, misionero, nos envía la siguiente larga carta, cuya publicación empezamos, curiosa por explicar detalladamente el nacimiento y progresos de una Misión católica, hoy importante y floreciente en la tierra de las castas.

GHOARGAON es un pueblecito indio situado al Noroeste del primitivo Estado del Nizam. Catorce años atrás no había un cristiano en Ghogargaon. Apenas se había oído hablar del Cristianismo en estas lejanas tierras. Actualmente es centro de una magnífica Misión que cuenta con cuatro mil cristianos, diseminados por cincuenta y cinco pueblos de los distritos de Vizapur y Gangapur. Estos pueblos se extienden al rededor de Ghogargaon en un radio de veinte á treinta millas inglesas. Ghogargaon está á más de trescientas millas al Oeste de Nagpur.

¿Cómo llegó la luz del Evangelio á las pobres gentes de tan lejanas tierras? Es historia larga de contar. Los principios fueron difícilísimos. El Ilmo. Sr. Selvat, entonces obispo de Nagpur, oyó hablar de las buenas disposiciones de las gentes de Ghogargaon y sus cercanías, y en seguida envió allí el sacerdote indígena Padre Tomás. Este, al llegar á su destino, se instaló primero

en una tienda de campaña; luego en una mala choza, donde vivó cuatro años. Las fatigas y sufrimientos de este buen misionero fueron sin cuento. Las buenas disposiciones de aquellas gentes, de que tanto se había hablado, no se veían en parte alguna. Sólo los habitantes de Ghogargaon dieron algunas muestras de buena voluntad. Los de los demás pueblos, que primero se mostraban indiferentes, luego fueron hostiles al Catolicismo. Pero, á pesar de tantos percances, en el término de tres años el P. Tomás bautizó á más de doscientas personas.

En 1896 llegó á Ghogargaon un joven misionero, el P. Jaquier, que reemplazó al P. Tomás. El P. Jaquier, recientemente llegado de Europa, conocía poco la lengua y menos las costumbres de los indios, pero la gracia de Dios le acompañaba. Nuevas dificultades se levantaron contra la obra del joven sacerdote europeo que se hallaba en un país en que los europeos carecen del derecho de «ciudadanía», quiero decir que no pueden adquirir ni edificar. Tuvo que luchar contra la policía del Nizam, contra los jefes del pueblo y con los brahmanes, que querían á toda costa hacerle desistir de sus propósitos y obligarle á abandonar el país. En lugar de vencer al celoso misionero, estas dificultades aumentaron su valor y lo hicieron más audaz. Defendió-



AUSTRALIA.—SYDNEY: SANATORIO VILLA-MARÍA FUNDADO Y DIRIGIDO POR LOS PADRES MARISTAS.—Reproducción de fotografía remitida por el R. P. Duclos, marista

se admirablemente y también á los cristianos, contra las asechanzas de sus enemigos.

Como los antiguos caballeros, el P. Jacquier fué en estas tierras apoyo del débil, protector de la niñez, amparo de los abandonados; ayudó á los pobres en la medida que sus recursos le permitieron. Paulatinamente los mahars (este es el nombre de la casta á que pertenecen nuestros cristianos) fueron depositando en él su confianza y muchos pueblos le pidieron escuelas. La escuela es la educación, el Catecismo, el Evangelio, el Cristianismo que nace, avanza y se enseñorea del corazón de los pobres indios. El P. Jacquier abrió algunas en distintos pueblos, y luego se vieron frecuentadas no sólo por niños, sino también por adultos, que acudían deseosos de aprender á orar y á conocer á Dios. Entonces empezaron la conversiones. El año 1900 fué feliz coronamiento de nuestros esfuerzos, año inolvidable que debiera grabarse con letras de oro en los anales de nuestra Misión: el P. Jacquier logró bautizar 1,224 indígenas; los años siguientes también fueron abundantes en conversiones. Los cristianos más numerosos, se sintieron más fuertes y con valor para hacer frente y rechazar las burlas é injurias de sus compatriotas indus que les amenazaban con represalias de castas.

Cuando en Abril de 1903 el Ilmo. Sr. Crochet me destinó á aquellas tierras, en calidad de asistente del P. Jacquier, la Misión contaba 2,800 cristianos, diseminados por unos cuarenta pueblos. Llegué á mi nuevo

destino el día de Pascua y tuve la dicha de presenciar un hermosísimo espectáculo: setecientos cristianos esperaban para celebrar la Pascua recibiendo los Santos Sacramentos. Nuestros cristianos tienen la buena costumbre de venir dos veces al año, por Navidad y por Pascua, á hacer sus devociones. Esto produce fatales consecuencias en la bolsa del pobre misionero, quien se ve obligado á mantener esta muchedumbre, pobre en su inmensa mayoría, los dos ó tres días que duran las fiestas.

Antes de mi llegada á estas tierras, los ilustrísimos Sres. Silvat y Crochet habían ya confirmado á más de 500 neófitos. En 1905 el Ilmo. Sr. Buenaventura vino á administrar la sagrada Confirmación. Más de 800 cristianos salieron en procesión á recibirle á la entrada de Ghogargaon. Hubo cantos é himnos maharis. Una charanga india, á pesar de sus acordes irresistibles, contribuyó sino á amenizar, á animar la fiesta. Las campanas del P. Jacquier sonaban incansables, vibraban en el aire numerosas banderas de todos colores, reinaba por todas partes y en todos los corazones intensa alegría. Creía encontrarme en una de las fiestas religiosas de mi juventud, en mi país natal, entre los míos... Al día siguiente, Su Ilustrísima confirmó á 250 cristianos, y pasaron de 500 los que se acercaron á recibir la sagrada Comunión.

Por aquel entonces tuvo lugar un hecho, digno de ser notado por las felices consecuencias que tuvo para

la Misión; me refiero á la llegada á Vizapur, cabeza de partido de nuestro distrito, de dos oficiales ingleses al servicio del Nizam. Jamás se había visto ningún europeo al servicio del Gobierno del Nizam. Fué, pues, hecho de gran resonancia entre los indios. Pero lo que les asombró más todavía fué la buena acogida que estos oficiales dispensaron al P. Jacquier, *le mahar padri*, como los indios le llamaban desdeñosamente.

Uno de estos oficiales, M. Gongh, subjefe de la policía del Nizam, era católico ferviente y muchas veces ayudaba la Misa al P. Jacquier; esto asombró á la policía subalterna del lugar. «¡Cómo! se decían; si el segundo después del Rey respeta y aún asiste al Padre, ¿qué tal debe ser éste?» Y jefes de pueblo y *police-mans*, se pusieron á reflexionar sobre sus pasadas luchas y discusiones con el P. Jacquier, y dedujeron que se habían equivocado y empezaron á tratar con mayor afecto y respetuosa consideración á los sacerdotes católicos.

Por desgracia en aquella época el hambre se enseñoreó de estas regiones. El P. Jacquier logró del señor Dunlop, encargado de socorrer á los hambrientos, algunos socorros para nuestros cristianos, los que permitieron abrir varios pozos en pueblos faltos de agua, y buen número de cristianos pudieron reanudar sus trabajos agrícolas. Además el P. Jacquier logró que los cristianos quedasen exentos de una servidumbre á que su casta les obligaba, consistente en que todos los días al anochecer debían presentarse al jefe del pueblo, y en que nadie podía ausentarse sin un permiso, á veces muy difícil de obtener. Esto resultaba perjudicial para los agricultores, especialmente en tiempo de cosechas, que es cuando deben trasladarse á sus campos para protegerlos contra merodeadores y animales dañinos. Los cristianos recibieron con intensa alegría la noticia de la abolición de este acto de presencia.

A partir de esta época, los indios y también los cristianos nos consideraron más. Los pueblos que antes odiaban al Cristianismo y á los cristianos sufrieron una transformación de ideas; desde entonces quisieron entrar en relaciones con nosotros. Su odio fué decreciendo y por fin se trocó en amistad; pronto manifestaron deseos de tener escuelas donde poder educar á sus hijos. Nuestros escasos recursos no nos permitían atender inmediatamente á tan buenos deseos; pero el P. Jacquier, por no perder ocasión tan propicia, retiró los maestros y catequistas de pueblos ya antiguos cristianos, y los trasladó á los que deseaban ingresar en el redil que salva. Consecuencia de esto, en el ejercicio de 1906 á 1907 registramos ochocientos bautismos entre niños y adultos, número estimulante y consolador. Muy á pesar suyo el P. Jacquier no pudo satisfacer á todos, pues eran muchos los pueblos que pedían escuelas cristianas y fué preciso dejarlas para más adelante. Los antiguos pueblos católicos lamentaban la ausencia de los maestros-catequistas: es cosa muy distinta una visita al mes ó una más larga anual que el trabajo constante de un catequista para el desarrollo y perseverancia del espíritu cristiano.

Lo que nos precisa, pues, son catequistas; pero éstos deben formarse, y para ello se requieren recursos. Actualmente tenemos veinte alumnos catequistas. La mi-

tad de ellos no llegarán al término de su formación, pues por una ú otra causa muchos se desalientan y vuelven á sus hogares.

(Continuará).

NOTICIAS VARIAS

Roma.

Décimoquinto centenario de la muerte de San Juan Crisóstomo.—En la Ciudad Santa acaban de celebrarse espléndidas fiestas en conmemoración del décimoquinto centenario de la muerte de San Juan Crisóstomo.

El día 13 de Febrero, Su Santidad el Papa Pío X recibió en la sala del Consistorio á los Patriarcas, Obispos, sacerdotes y legos orientales, con el Comité romano de las fiestas de San Juan Crisóstomo. Hizo la presentación el cardenal Vannutelli, quien expresó con gran elocuencia el agradecimiento de todos ellos hacia Su Santidad, é hizo sentidos votos para que vuelvan al Catolicismo todos nuestros hermanos separados de él.

Su Santidad contestó con un importante discurso sobre las Iglesias orientales. Dió gracias á los obispos y patriarcas por haber venido á Roma á pesar de las dificultades y fatigas del viaje; ensalzó las glorias del Oriente cristiano, cuna del Cristianismo, fecundo en genios como Crisóstomo; dijo cuánto anhela que los orientales salgan del error en que se hallan y vuelvan pronto al Catolicismo; expuso numerosas pruebas del afecto que siente el Pontificado romano por los orientales. Jamás los Papas mostraron rigor ni indiferencia para el Oriente. El Papado alentó las cruzadas, y de su fracaso no puede culparse á los Papas, que siempre han llorado la desgracia de sus amados hijos que gimen bajo yugo extranjero. Pío X recuerda las memorables encíclicas de Pío IX y León XIII, y los múltiples actos de este último en favor de los orientales. Felicita á los Prelados presentes por haber permanecido fieles á la verdad, sufriendo pobreza y privaciones de toda clase. Ellos dirán al Oriente que Roma honra su rito hasta el extremo de prohibir á los orientales el uso del rito latino. Pero la divina voluntad ha hecho á Roma depositaria del Testamento de Cristo, así lo proclaman los mismos doctores orientales. El Papa profesa gran amor al Oriente y desea que renazcan los hermosos tiempos en que éste proporcionaba á la Iglesia universal Soberanos Pontífices tan insignes como San Anacleto, San Evaristo, San Gregorio III, etc.

Después de la Bendición papal, Su Beatitud el Ilmo. Sr. Cirilo Geha, patriarca greco-melquita de Antioquía, con elocuentes y emocionados términos se hizo intérprete de la veneración, amor y gratitud que todo el Oriente católico profesa á Pío X y á la Cátedra de San Pedro.

Barcelona.

Limosnas recaudadas por la Obra de la Propagación de la Fe en la diócesis de Barcelona.—El último Boletín oficial eclesástico de esta diócesis publica la lista detallada del total recaudado para la Obra durante el pasado año 1907; éste asciende á la consoladora cantidad de Ptas. 29,625'20, de las que, deducidas 87'20 que importan los gastos, restan líquidas pesetas 29,538, cantidad que prueba con cuánto celo trabajan la Junta diocesana, de la que son dignas presidenta la señora Marquesa de Castell-Florite y tesorera D.^a Mercedes Escrivá de Barnola, y el delegado de Su Eminencia M. I. Sr. Dr. don Sebastián Puig, canónigo.

Obra de la Santa Infancia.—Limosnas recibidas en el último ejercicio de 1907 á 1908, por los siguientes conceptos, á saber:

Barcelona: casco antiguo y ensanche

Venta de sellos usados.	Ptas. 105'64
Cotizaciones de las series.	794'34
Donativos y legados.	2,484'00
Réditos de un legado.	400'00
Rescates de niños infieles.	180'20

Suburbios

Gracia.	178'55
Sans.	10'00
Villanueva y Geltrú (1906-907).	450'00
San Vicente dels Horts.	7'00
San Hipólito de Voltregá.	18'20
San Quirico de Besora.	1'35

Colegios

Sagrado Corazón de Jesús.	321'00
Nuestra Señora de Loreto (Puerlaferrisa).	129'00
Santa Teresa (Diputación) (1906-907).	40'05
Sagrada Familia (Sans).	5'35
Nuestra Señora de Loreto (Las Corts).	50'00
Santa Teresa (San Gervasio).	25'00
Divina Pastora (San Pedro de Ribas).	4'40

TOTAL. 5,204'38

Barcelona, 31 Enero 1908.—*El Director diocesano*, FRANCISCO DE P. RIBAS Y SERVET, *Pbro.*

Se reciben limosnas en la Administración de esta Revista. No se han recibido aún las de Sarriá correspondientes á 1906 y 1907, y las de 1907 de Mataró.

Bélgica.

Basilica del Sagrado Corazón.—Las suscripciones reunidas para la construcción de la Basilica Nacional del Sagrado Corazón en Bruselas, Bélgica, llegan actualmente á 410,290 francos. Se comenzarán muy pronto los trabajos. Las dimensiones de esta Basilica será 110 metros de longitud. Podrán caber en ella 9,000 personas. El templo tendrá siete torres. El conjunto de las torres producirá un efecto grandioso. El terreno adquirido para la Basilica, mide 5 hectáreas y 33 áreas, y comprende, además del espacio necesario para emplazar el templo, rampas de acero y una terraza que lo circundará; de este modo, podrán celebrarse procesiones en el terreno de la Basilica, en previsión de que hubiere algún Gobierno que quisiera impedir las en la vía pública.

Estados Unidos.

Primera Misa en Moriarty, Nuevo Méjico.—Nos dicen de esta nueva población: «El 28 del próximo pasado Enero nos visitó el R. P. Antonio Besset, de Santa Fe, y nos dió Misa por primera vez en una pieza de la casa de Mr. José Davis, surtida de todo lo necesario para el augusto Sacrificio y transformada en elegante capilla para el fausto evento. Grande fué el entusiasmo de los pocos católicos americanos y mejicanos que han sentado sus reales en esta localidad, contándose entre ellos el mencionado Sr. Davis y el Sr. Moriarty, anciano venerable, que ha dado su nombre á esta población, lo mismo que 200 dollars para ayudar á que se levante desde luego una capilla en la localidad.—De su parte ha contribuido Mr. Davis con 50 dollars.

Progreso del Catolicismo.—Según el «Directorio Católico», que se publica en Milwaukee, hay á la fecha 13 887,426 católicos en los Estados Unidos, ó sea 788,073 más que el año pasado. Si se incluye la población de Filipinas, compuesta de

7.106,452 habitantes, más 900,000 católicos de Puerto Rico y 35,000 en las Islas Sandwich, la población entera católica en los países en que ondea la bandera norteamericana, es de 21.928,878.

Uruguay.

En el nombre de Dios.—La Unión Católica de Uruguay, cuyo Directorio acaba de constituirse, eligiendo para formar su Comité Ejecutivo á distinguidos correligionarios, presididos por el Dr. D. Joaquín Secco Illa, entra en un período de actividades que, á juzgar por el entusiasmo que con tal motivo se ha producido entre los católicos de todo el país, promete ser de beneficiosos resultados en bien de nuestra causa.

A eso viene la Unión Católica del Uruguay: á la reivindicación de nuestros derechos por medio de la acción cívica. Ese es el programa del nuevo Directorio, y á su realización se aprestan á contribuir todos los buenos católicos uruguayanos.

Liberia (Africa).

El Catolicismo en Liberia.—Del «Eco dell' Africa» extractamos la siguiente nota sobre el Catolicismo en Liberia. Cuatro tentativas se han hecho para evangelizar el país.

En la época de la fundación de aquel Estado, Mgr. Barón con varios presbíteros americanos acompañaron á los primeros emigrantes. La enfermedad y el clima acabaron con aquellos héroes. El año 1884 los Padres del Espíritu Santo fundaron alguna Misión que sólo duró dos años. La falta de recursos y la insalubridad del clima les obligó á levantar el campo. En 1903 los Padres de la Compañía de María se establecieron allí por espacio de ocho meses en los que fueron diezados por la fiebre. En 1906 la *Propaganda Fide* creó en Liberia una Prefectura, á cargo de los Misioneros Africanos de Lyon, los cuales ya llevan allí un año de residencia en el pequeño Cabo Monte, entre la tribu de los Golas, en buen estado de salud y con grandes esperanzas de fruto. El Gobierno de Liberia les ha hecho una grande concesión de terreno. Es más: el elemento más civilizado y distinguido de la República ha demostrado á los misioneros grande estima. El mismo Presidente ha hecho el elogio de los misioneros católicos como gran poder civilizador, y ha prometido ayudarles en todo cuanto pueda. Celebramos mucho el establecimiento definitivo de las Misiones católicas en aquel país al que, en 1902 y por encargo de su Superior general, un misionero de Fernando Poo hizo un viaje de exploración para ver si era llegada la hora de acometer la empresa de evangelizarlo.

China.

Misiones Franciscanas en China.—Siguiendo la costumbre de años anteriores, los nueve reverendísimos Vicarios Apostólicos, pertenecientes á la Orden Seráfica, que en el vastísimo Imperio celeste ejercen su apostolado, enviaron el año último una reseña de los trabajos y frutos evangélicos que allí realizan y recogen los Misioneros hijos de San Francisco de Asís. Según los datos que extractamos del *Acta Ordinis Minorum*, existen actualmente en aquellas Misiones 217 Religiosos Franciscanos; 150 Religiosas que atienden á los enfermos de los hospitales, á los niños y niñas abandonados, instruyéndolos en los dogmas de nuestra fe; 3,822 Terciarios, de los cuales 78 son sacerdotes, dedicándose en gran parte á las tareas catequísticas; 140,955 católicos y 63,466 catecúmenos. Existen á cargo de dichos Misioneros 1,129 iglesias y capillas, 2,346 cristiandades, 13 Seminarios, 15 colegios y 646 escuelas, en los cuales centros docentes se educan 229 seminaris-

ristas, 463 colegiales y colegialas y 16,150 escolares. Sólo con las limosnas de los fieles se sostienen los orfanotrofios, hospitales y asilos, á donde van á parar todas las miserias de aquel vasto imperio, en el que tanto abundan toda clase de enfermedades.

Hunan Septentrional (China).

Estado de la Misión al terminar el año 1907.—Al reverendo P. Fr. José Pons, agustino, agradecemos los siguientes datos referentes á la Misión del Hunan Septentrional, floreciente vicariato confiado al celo incansable de los Agustinos españoles:

Adultos bautizados durante el último ejercicio.	350
Niños.	1,010
Escuelas.	29
Cristianos.	2,677
Catecúmenos.	3,317
Niños en los orfanotrofios.	744

Comparando estos totales con los que arrojaba la estadística del año 1891, que tenemos á la vista, resulta que en aquel entonces los cristianos eran 219, los catecúmenos, 11; los niños albergados en el único orfanotrofio que costeaba la Misión, 9. Comparen los lectores de *Las Misiones Católicas* y verán cuán fructífero ha sido el trabajo bendecido por Dios de nuestros compatriotas los Misioneros Hijos de San Agustín.

Japón.

Los Franciscanos en el Japón.—Sabido es que hace tres años los Franciscanos se establecieron en Sapporo, en una de las islas del Norte del archipiélago japonés, en la cual jamás se habían visto Religiosos Franciscanos, desconociéndose enteramente su santo hábito. Los de la provincia del Canadá fundaron allí una pequeña casa de madera, que les sirve al mismo tiempo de capilla y de habitación, con las debidas separaciones. Al principio no se exhibían en público con el santo hábito, por ser expuesto en demasía á los reparos fanáticos de aquellas gentes; después empezaron á salir vestidos de la sagrada librea, que en un principio excitó la admiración de los habitantes de la ciudad; hoy día se puede asegurar que ya están familiarizados con el hábito y cordón franciscanos, pues ya son varias las conversiones que se realizaron y muchos los catecúmenos que pretenden ingresar en nuestra santa Religión.

Ceylán.

Serpientes homicidas.—Las estadísticas declaran que en Ceylán y en las Indias el número de muertos por efecto de mordeduras de serpientes asciende á 1 por 10,000 habitantes. Veinte años atrás sólo alcanzaba á 0'9 por 10,000. De manera que cada año perecen víctimas de las serpientes unos 22,000 indios.

ALGO SOBRE LAS MISIONES DE FERNANDO POO Y GOLFO DE GUINEA



El interés que para todos los españoles tiene la obra santa que los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María realizan en Fernando Poo y Golfo de Guinea, me ha resuelto á enviar á *Las Misiones Católicas* unos párrafos de una carta, dirigida al que suscribe desde aquellos territorios españoles por un compaisano y allegado mío, allí residente, en la que se revela cuánto puede decirse de la labor siempre civilizadora del misionero, donde quiera se encuentre, ya sea sobre el campo de batalla,

... con la sandalia de su pie llagado
«entre el humo, la sangre y la metralla,»

ya cruzando las desiertas pampas y enmarañados bosques ecuatoriales.

«es siempre el primer cristiano
«que recibe del bárbaro la flecha
«y abre en sus hordas la primera brecha
«al pensamiento humano!» (1).

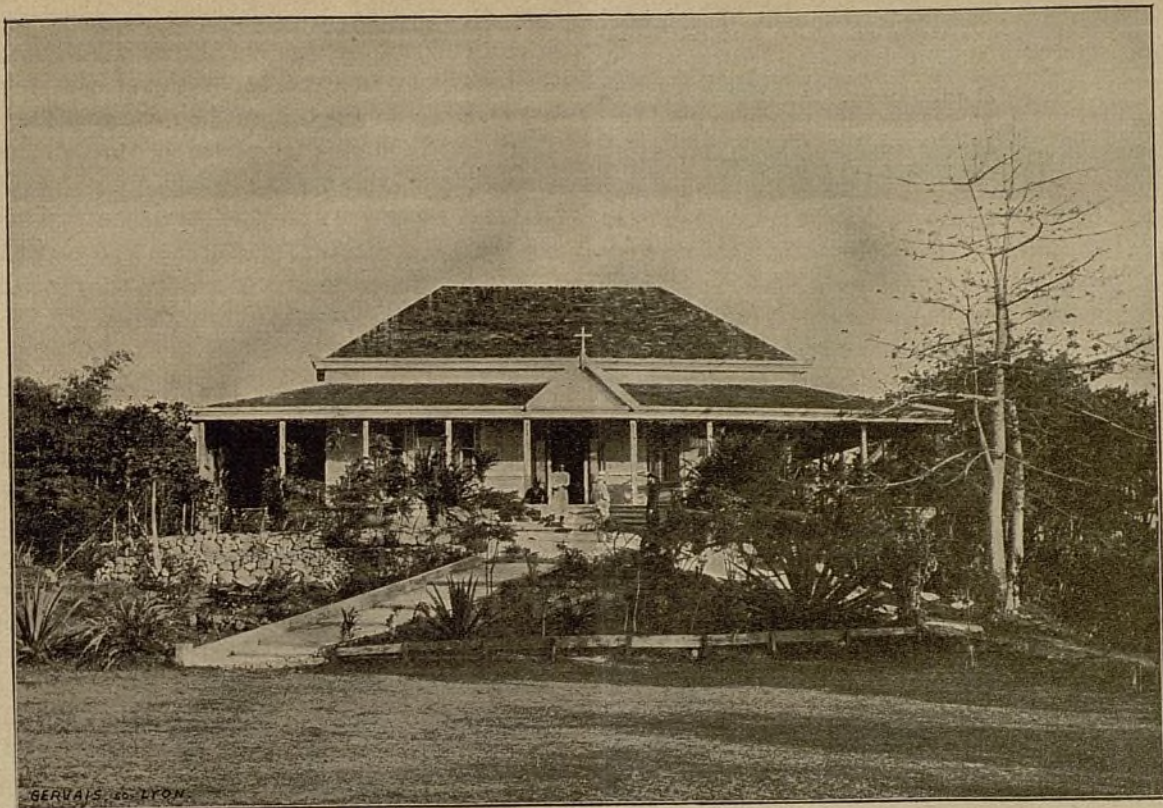
No siempre es lícito á la modestia de estos sabios colonizadores descubrir todo lo que llevan realizado por delante y piensan realizar; y si bien sus intenciones pasan más allá de la esfera de los hechos, las palabras, sin embargo, son pálida sombra de la realidad, si es que no paliativos con que ocultar lo que no cae bien digan ellos mismos.

Ahora tiene la palabra un testigo, á la par que ocular, el más imparcial y desinteresado.

«He realizado, dice, con esta excursión mi sueño do-

(1) Ricardo Gutiérrez: «El Misionero.»

rado de conocer este país. He visto las más grandes maravillas naturales, entre las cuales merece citarse el Río Benito; he recorrido estas playas y bosques; reconozco lo mucho que esto vale... No he sufrido ningún desencanto, y todo me sonríe. De Santa Isabel á San Carlos viajé con el ilustrísimo señor Obispo, y hasta Bata con el M. Rdo. P. Genover, Visitador General, y con el P. Albanel en el vapor «Annobon»... Visité también la Misión de Río Benito, que constituye (con el destacamento) la única sombra española de aquellas soledades, y fui como en todas partes muy bien recibido. En Río Benito sí que van del brazo la cruz y la espada: sin la Misión, el sargento que manda allí el destacamento, algún día no comería. El domingo último, 27 de Octubre, estuve en Banapá. Los PP. Ajuria, Sagarra y Serres, con quienes permanecí bastantes horas dicho día, hicieron que éste fuera el más feliz que he pasado en Guinea. ¡Tanto me colmaron de atenciones! Visité la imprenta, las escuelas, el soberbio edificio en construcción, muy adelantado, único en los territorios españoles de este Golfo, y que es la más bizarra prueba de lo que pueden la ciencia y la perseverancia unidas; fui de asombro en asombro, y ante tanta maravilla creada sin recursos y sin materiales, expresé á los reverendos Padres mi absorta admiración; apenándome mucho que el Estado no tenga tan buenos servidores; que sean los misioneros precisamente los menos culpables, los que no cobran, los que de nada disfrutan, los que hacen el sacrificio de todos los bienes terrenales; que sean los misioneros solamente los que á la faz del país pueden alzar con orgullo su frente y enseñar su obra como modelo de labor patriótica y civilizadora; gigantesca labor de colonización, digna de ser imitada por



ISLAS FIDJI (OCEANIA).—CASA DE LA MISIÓN CATÓLICA CONFIADA A LOS PADRES MARISTAS.—Reproducción de fotografía remitida por el R. P. Duclos, marista

los pocos celosos servidores de la patria, por los consumidores del presupuesto.

“Admiré también la naciente y hermosa población de Santa Teresa, la conducción de agua á la Misión y otra infinidad de enormes trabajos realizados por estos Padres misioneros, verdaderos titanes.

“Al despedirme aquella tarde de los Padres de Banapá, afluían á mis ojos las lágrimas...”

Dejamos que hagan los lectores de *Las Misiones Católicas* los consiguientes comentarios.

NARCISO DOMÍNGUEZ.

La Calzada, Enero, 1908.

ESTADO RELIGIOSO DE LAS ISLAS FILIPINAS

(Continuación)

EL día de Pascua, por la mañana, ceremonia del Encuentro, tan popular en países españoles, verdadero misterio litúrgico, sencillo y conmovedor. En medio de la plaza está dispuesto un sepulcro, que se ha improvisado con bambús, maderos y tapicería de luto. A las cinco, terminado el canto de Maitines y Laudés, una numerosa comitiva sale de la iglesia por la puerta principal y avanza por el lado Norte de la plaza; la acompañan una bandera blanca, turiferarios, cruciferario, niños de coro con sus rojos sobrepellices, la imagen de Jesús resucitado y un sacerdote con capa blanca. Otra comitiva sale por una puerta lateral, con una bandera negra, acólitos, imágenes enlutadas de las tres Marías, *Mater Dolorosa*, cubierta con velo blanco, y un sacerdote vestido de negro, y avanza por el lado opuesto. Encuéntrense las dos comitivas frente al sepulcro. En el interior del monumento un nutrido coro entona el *Alleluia*. Las enlutadas puertas se abren para dar paso á la *Mater Dolorosa*, que entra en el monumento. Dos ángeles levantan la losa sepulcral. Los centinelas que velaban el sepulcro ruedan por el suelo poseídos de

terror. Un angelito (una niña de dos años) desciende al interior por medio de una cuerda oculta, quita el velo blanco á la *Mater Dolorosa*, la que queda entonces con hermoso manto azul bordado de oro. La imagen del Salvador entra á su vez en el monumento, saluda á la Virgen, y, continuando la marcha, va á sumarse á la otra comitiva, formando ambas una sola procesión, que vuelve á entrar á la iglesia.

La razón de ser filosófica y moral de estas fiestas escapa á las críticas protestantes ó racionalistas, que condenan esta devoción expansiva y sólo aciertan á ver en ella una supervivencia algo disfrazada de la antigua idolatría. ¿Qué son, dicen, estas imágenes que llenan las casas, sino sucesores de los antiguos *anitos*, todavía adorados por las tribus salvajes? Nosotros conocemos la causa de esta manera de ser. Los maestros católicos de otros tiempos dieron á este sencillo pueblo la única educación que penetra hasta el fondo de las almas, y, guardando él fielmente las antiguas costumbres medioevales de España, ha mezclado íntimamente la vida religiosa con la vida cotidiana. Gracias al descrito atractivo carácter exterior, la religión ha informado el

carácter nacional y le ha impreso un sello de originalidad. La liturgia reproduce por medio de místicos símbolos los más sublimes misterios de la salvación, y estas fiestas populares son elocuente comentario de la liturgia. Además, acostumbrado desde larga data á las vivas reproducciones del santo Evangelio, el filipino más ignorante sabe lo necesario para salvarse.

Otros detalles nos muestran claramente que la separación de la Iglesia y del Estado llevada á cabo en política, para las costumbres populares es como si no existiese.

En Febrero de 1906 debía verificarse la elección del nuevo Gobernador de Vigán. Entre los aspirantes al cargo figuraban varios católicos. El que fué elegido, llamado Augco, había prometido confesar y comulgar el día de Pascua de Resurrección en caso de salir triunfante: sus amigos hicieron celebrar varias Misas á su intención. Al tomar posesión de tan importante cargo, el elegido hizo cantar un solemne *Te Deum* en la Catedral, después del cual un sacerdote indígena pronunció elocuente discurso sobre las responsabilidades del cargo.

Véase el siguiente favorable juicio que al Ilmo. señor Harty, arzobispo de Manila, le han merecido sus diocesanos: «El pueblo no es sólo religioso, sino profundamente religioso. Los días festivos las iglesias resultan pequeñas para contener á los fieles. Pocas familias hay que no recen en común. Todavía conservan aquella laudable costumbre, introducida por antiguos misioneros, de leer en familia y en su propia lengua durante la Cuaresma, el relato de la sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. El resultado de estas piadosas prácticas bien alto lo pregonan la delicada pureza y castidad de las jóvenes, la prudencia y virtud de los hombres, el amor filial y la paz que reinan en los hogares. Es en las familias de estas tierras cosa desconocida que hombres ó mujeres resuelvan nada importante sin haber antes consultado á sus padres. Hermosa práctica, que debiera imitarse en todo país civilizado, cuyos principales frutos son la prudencia en las resoluciones y la santa paz en el seno de las familias. La vida de familia en Filipinas es verdaderamente atractiva.»

Conmueve al sacerdote extranjero la luz que irradia la fe sencilla de estas buenas gentes. Un Jesuita americano, recientemente llegado á Cebú, una noche, mientras dormía fué súbitamente despertado por el fuerte repique de las doce campanas de la Catedral. Era aún negra noche, y ya las puertas del templo estaban abiertas de par en par, y en él veíanse arder varios cirios; iba á celebrarse el Santo Sacrificio. Tres bujías, colocadas sobre otras tantas botellas, alumbraban el reloj: eran las cuatro de la madrugada de un día laborable y ya el pueblo entraba en el templo. Hasta las siete estuvo lleno de gente, hombres, mujeres, niños, niñas. Pero mayor fué todavía la afluencia á la mañana siguiente, por ser día festivo. Es admirable esta multitud de fieles que hablando y riendo, en la obscuridad de la noche, se dirigen á la Catedral.

Esto son señales evidentes de la fe que profesa el filipino al Santísimo Sacramento. Nadie pasa por delante una iglesia sin hacer reverencia. Los hombres se quitan el sombrero é inclinan ligeramente la cabeza. Por respeto á la Pasión, el Viernes Santo no transitan carruajes por las calles. Por desdicha, allí donde empieza á

dominar el paganismo americano, estas hermosas prácticas tienden á desaparecer. El sacerdote no es saludado como siempre fuera. Le basta ver este detalle para convencerse de que las costumbres cambian.

La Iglesia filipina, en efecto, á causa de los disturbios, hijos de diez años de revolución y conquista, se halla postrada en muy crítica y deplorable situación. Los males presentes pueden reducirse á cuatro: decaimiento de las buenas costumbres, falta de sacerdotes, cisma de Aglipay y propaganda protestante.

II

Los antiguos viajeros, hasta los más hostiles al Catolicismo y régimen monacal, no podían menos de reconocerlo: los filipinos, en su vida primitiva, restringidas sus necesidades, constituían un pueblo feliz, «uno de los más felices de la tierra», decía E. Reclus, uno de los pueblos en que la criminalidad es menos elevada. Vienen las revoluciones de 1895, luego la conquista americana, y... más revoluciones todavía. Los lazos establecidos por los monjes, que sujetaban á los hombres y aseguraban paz y bienestar á los pueblos, son rotos bruscamente. Sin transacción pasan de un extremo al extremo opuesto. Las malas pasiones, que fermentaban en el seno de las sociedades secretas, hacen terrible explosión. Al leer ciertos pasajes de estas revoluciones, creeríase que el filipino estuvo dormido durante tres siglos de civilización cristiana; y que al contacto de las ideas revolucionarias llegadas de Europa, despierta terrible. Los antiguos malayos tenían sus crisis de ferocidad. Ahora, que casi se ha desterrado al Cristianismo, el salvaje reaparece y renace la crisis. Bien se vió en la manera bárbara como fueron martirizados, hace diez años, unos Padres Dominicos. La crisis parece haber cesado, pero no en absoluto.

«Desde que los americanos se apoderaron del archipiélago, escribe un misionero español, han ejecutado más sentencias de muerte que el Gobierno español en tres siglos. Verdad es que los filipinos han cometido también más crímenes en estos diez años que en todo aquel largo lapso. He aquí, pues, las funestas consecuencias de la guerra, de la revolución y de *la libertad*. Un día entré en la cárcel de Bilibid para visitar á un español condenado, que confiaba ser indultado, y le pregunté: «¿Cuántos sois los condenados á muerte?—Noventa, «Padre, me contestó.—¿Qué horror!»

Cierto es que muchos de los crímenes que cometen ellos los consideran faltas leves; si matan y asesinan, lo hacen por su patria, para defenderla y librarla de la esclavitud; no quieren ser gobernados por extranjeros. Tres indígenas estaban condenados á muerte por asesinatos; á uno de ellos se le acusaba de quince asesinatos. Habían dado muerte á varios americanos agentes de policía secreta, gente odiada y de la que quieren á toda costa limpiar el archipiélago. Ya en capilla los condenados, confesaron devotamente y practicaron con el sacerdote el *Via Crucis*. Luego piadosas mujeres de la población que les visitaban, con lágrimas en los ojos los bendecían, como la madre al hijo que se marcha á la pelea. Por último, se les condujo al teatro de sus hazñas donde debían ser ahorcados.—(Continuará).

MISIONES DE LOS PADRES AGUSTINOS EN LA CHINA

CARTAS DEL CELESTE IMPERIO

Las tres cartas cuya publicación empezamos, las escribe el Padre Aurelio Martínez, agustino, joven misionero español, á su hermano, residente en España. Exponen con sencillez las primeras emociones del misionero y á la par el floreciente estado de las cristiandades confiadas al celo de los Padres Agustinos españoles.

Tse-li-sien, 26 de Agosto de 1907.



Desde dos meses que en compañía del P. Benito y bajo la tutela de tan experimentado maestro, estoy regentando las Misiones de Se-men y Tse-li, dos Misiones que abrazan, sobre poco más ó menos, unas veinte leguas de extensión en todas sus direcciones. Al principio de mi destino estaba muy satisfecho con él, porque creí que mi calidad de Coadjutor me tendría con frecuencia al lado de mi superior, pero, por lo que voy viendo, no es así, sino que mi verdadero destino es el vivir ya, y quizá para siempre, en la más completa soledad, como todos los demás misioneros, pues bajando el P. Benito á Se-men, yo tengo que subir aquí, y subiendo él aquí yo tengo que bajar á Se-men, y así dando vueltas hasta que el señor Obispo tenga á bien fijar á cada cual un punto y Misión propios.

Y no vayáis á creer que es la soledad la que me espanta, no; precisamente llevo aquí cerca de un mes, lo más delicioso de mi vida. La soledad me parece connatural, y á pesar de ser la primera vez que me encuentro en ella, no echo nada de menos la compañía, como si siempre hubiese vivido así: ¡tan ciertos son aquellos versitos que yo en mis tiempos pronuncié en el Catecismo de Laviana:

¿No ves que Dios nunca falta?—Da el frío según la ropa;—A quien madruga le ayuda—Y á quien le busca le topa.

Lo que á mí me apena é intimida es el poco chino que sé; los apuros en que he de verme y la inexperiencia de una vida que necesariamente trae consigo muchas amarguras que tragar, sin acaso poder salir airoso ni con gloria para el Señor, de las dificultades que encuentro al paso.

Desde que me quedé solo en Se-men, y al día siguiente de salir de allí el P. Benito, tuve que meterme en el confesonario, llevado por una anciana que, á pesar de todas las razones que puse para excusarme de ello, con un *yaó-Kiu ti*—«es necesario»—me hizo ceder y meterme por vez primera á oír pecados de chinos. Desde entonces puede decirse que casi todos los días he tenido la misma ocupación, única á la que, aunque mal, puedo dedicarme por ahora; por lo demás me dedico con mayor afán que nunca al estudio del idioma, á lo cual me ayudan mucho los cristianos que con frecuencia vienen por la iglesia.

Esta cristiandad, quizás la mejor de las muchas que contamos, aunque no la más numerosa, es obra de unos cuatro ó cinco años. Su primer misionero fué el P. Nicolás Puras, quien, después de sufrir muchas amarguras y desengaños, vió premiados sus trabajos con la conquista de una mujer, cuya conversión y vida irán siempre unidos al nacimiento y progresos de esta hermosa y naci-

te cristiandad. Pero de esto ya hablaré más adelante.

Hoy debiera haber bajado á Se-men ó Lichou á celebrar con mis hermanos la fiesta de nuestro Padre San Agustín, pues en uno de dichos puntos se reunirán varios con dicho objeto; pero no me dejaron los cristianos, porque dicen: «Si San Agustín es el patrón de esta iglesia, y nosotros guardamos su fiesta, el Padre no debe marcharse;» y ¿cómo voy yo á resistirme á estos ruegos?

Hoy avisé al cocinero para que no me ponga carne mañana, por ser para mí día de abstinencia, y ya se ha corrido la noticia entre los cristianos, y me han venido á preguntar si ellos se abstienen también.

—No, les dije; es abstinencia nada más para el Padre, por pertenecer á la Corporación de San Agustín; para vosotros, no.

—Bien, me dicen, pero si nosotros guardamos abstinencia, ¿obramos bien ó mal?

—¡Hombre! siempre será una obra buena y, por consiguiente, agradable á Dios, pero no tenéis obligación de hacerla.

—No importa; el Padre guarda mañana abstinencia; nosotros también la hemos de guardar.

Y así son estos cristianos.

Yo les he tomado especial cariño desde que se mostraron valientes, como buenos cristianos, en medio de una verdadera persecución que les levantaron los prosélitos de los protestantes.

Estos no parecen sino que están á ver donde nosotros echamos las redes, para ellos venir después con sus manos limpias á levantar la pesca.

Sentaron aquí sus reales hace unos cuatro ó cinco meses, poniendo al frente de su residencia á un infeliz apóstata cristiano de no sé qué provincia, quien comenzó á vociferar *per vicos et plateas* contra el Catolicismo de tal modo que parecía un energúmeno. Decía al mismo tiempo que ellos, los protestantes, los verdaderos cristianos, no exigían á sus adictos, ni renunciar á los ídolos ni privarse del opio, ni de otras cuantas *zarandajas* en que nos fijamos los católicos; para ellos bastaba que se diera el nombre. Con estas maneras de evangelizar, á los pocos días pudo reunir más de dos mil adictos, quienes desde luego comenzaron á perseguir en sus mismas casas á nuestros cristianos; formáronse dos grandes partidos y dando un triste espectáculo á los que, sin pertenecer á ninguno, contemplaban los desmanes de los hijos de Lutero. Así estuvieron las cosas por espacio de más de dos meses, hasta que cansado el mandarín de tanto alboroto y desorden, apaleó de lo lindo á unos cuantos y encarceló á otros, dando toda la razón á los católicos. Lo mismo hicieron los pastores europeos que enviaron un delegado para arreglar el asunto con el P. Benito, y borraron de la lista de los suyos á unos diez de los principales cabecillas, dándose á sí mismos un tremendo bofetón.

Así terminó el asunto y, casi puede decirse que el Protestantismo en esta ciudad, pues mientras duraron los alborotos, al paso que de entre los nuestros no se cuenta ningún desertor, de entre ellos salían con la

misma facilidad con que habían entrado; y muchos para hacerse católicos. Su prestigio quedó por los suelos, en tanto que el nuestro se enaltecía grandemente, sin haber sufrido esta cristiandad ni un momento de retroceso, pues sigue con el mismo ó mayor empuje que antes.

Durante el mes que yo llevo aquí, apenas ha habido día en que no haya tenido el consuelo de inscribir en el catecumenado á algún nuevo convertido. *Benedictus Deus, qui dedit nobis victoriam in Christo Jesu Domino Nostro!*

Como al llegar aquí acababa de terminarse esa cuestión, los cristianos estaban locos de contento; así es que me hicieron un recibimiento espléndido. Desde media legua de la ciudad hasta la iglesia venía acompañado de ellos que atronaban los aires con multitud de *reventadores*. Al entrar en la población me esperaba un destacamento de soldados armados de fusil maúser: la primera vez que les veo con armas á la europea. Al llegar mi silla, formaron dos filas, y á la voz del que debía de ser su jefe, pusieron armas al hombro, con mucha uniformidad todos, menos uno que, por fijarse demasiado en mis barbas (1) no oyó la voz de su jefe, y cuando acordó consigo ya tuvo que echar una pequeña carrera para unirse á sus compañeros. Me trajeron en procesión por la mayor calle de la ciudad, rodeando lo más que pudieron para llegar á la iglesia. Las calles se apiñaban de gente al ruido de los reventadores y de las voces de los cristianos. Sin duda creían que el recién llegado era algún *tá rem* (gran hombre), pero yo, que nunca me había visto en otra tan gorda, venía discurrendo cómo componérmelas para mostrar en el semblante serenidad é indiferencia, cuando realmente venía lleno de confusión y vergüenza.

Hoy 28 y fiesta de nuestro excelso Patriarca, no puedo sustraerme á ciertos recuerdos de los pasados tiempos. ¡La Vid! ¡qué hermosa se me presenta! ¡Allí la vida, la animación, la alegría... el volteo de campanas que lo llena todo y á mí me arrebatava de entusiasmo! Aquí ¿qué puede haber? Los cristianos confiesan y comulgan (no es poco si se hace bien), oyen la santa Misa, felicitan al Padre la fiesta y... se vuelven á sus casas. Como no saben ni pueden formarse idea de la grandiosidad de nuestras fiestas en el *guán Kué*—Extranjero—no saben tampoco darles la debida importancia. Sólo reina un momento de alegría; mientras se está en el recinto de la iglesia. Se sale á la puerta... y una atmósfera de paganismo que ahoga. No hay torre, no hay campanas que llenen los espacios y los corazones con sus alegres notas. ¿Cuándo llegará el día en que el Señor toque al corazón de estos infelices y los cobije á todos á la sombra de su Cruz sacrosanta, Cruz adorable, Cruz sobre todo precio estimable? ¡Ah! aquel día no habrá culto como el de la China, porque el chino es rumboso, espléndido y en casos de manifestarse, no perdonan sacrificio. ¡Haced, Señor, que llegue pronto ese día venturoso!

¡Pobre de mí, lo que soy! ¡qué grosero! También me he acordado de los refectorios de Valladolid y La Vid.

(1) Bien merece que la mirase el chino, por ser verdaderamente hermosa la barba de este misionero. (Nota del *reverendísimo* P. Fr. Tirso López, agustino, á cuya amabilidad debemos estas cartas).

La cosa no es para menos. Voy á la hora competente al comedor, creyendo que el cocinero, *in honorem tanti festi*, habría echado un cuarto á espadas y ¡oh desencanto! me encuentro con tres escudillas puestas en ringle que contenían los siguientes manjares: 1.^a escudilla, pepino en ensalada, porque saben que me gusta mucho; 2.^a albondiguillas con pimiento picante, porque también me gusta; 3.^a frégoles, que no me gustan menos. Además la indispensable taza de morisqueta, y tienen ahí mi comida del día de San Agustín; total, exactamente lo mismo que los demás días. Al acordarme de años anteriores me eché á reír por el contraste.

(Continuará).

BIBLIOGRAFÍA

Continuando la *Biblioteca «Patria»* en sus laudables propósitos de dar á conocer al público español lo más saliente de las literaturas extranjeras, acaba de publicar una obra hermosa de Grazia Deledda, sin duda alguna el más sugestivo novelista de las letras italianas contemporáneas. Lleva la obra por título *Los humildes*, y ha sido vertida al castellano con amor y sentimiento por Angel Guerra, quien ha logrado conservar el poético ambiente familiar y el carácter pintoresco que entraña la sugestiva é interesante narración. ¡Lástima de unas ilustraciones desgraciadísimas, que contrastan con las bellezas de la novela! Los libros ó ilustrarlos bien ó dejarlos que los ilustre la imaginación del lector.

Se encuentra de venta en todas las librerías de España y América al precio de 1 pta.

—*Eclipse total de sol del 30 de Agosto de 1905.*—Observaciones hechas en Carrión de los Condes (Palencia), por la Sección Astronómica del Observatorio de la Cartuja (Granada), dirigida por Padres de la Compañía de Jesús. Adornan este notable opúsculo numerosas fototipias y fotograbados.—C.

NECROLOGÍA

Ilmo. Sr. Reynard, canónigo.

Encarecidamente rogamos á los lectores de *Las Misiones Católicas*, tengan presente en sus oraciones al alma del Ilmo. señor Justino Francisco Reynard, miembro que era del Consejo central de la Obra de la Propagación de la Fe, en Lyon, desde el 3 de Abril de 1903.

Primer capellán del gran Hospital de Lyon, este distinguido sacerdote colaboró á la Obra de las Misiones y de los misioneros, consagrando á ella su privilegiado talento, su excelente voluntad, su bondad llena de atractivos. Una carta que ayer recibimos del Director de una de las más venerables Sociedades de Misiones nos revela lo que su ordinaria modestia escondía: su constante generosidad en pro del apostolado y de los obreros apostólicos.

A sus funerales asistieron los presidentes y miembros del Consejo central y del Comité diocesano, y fueron presididos por el Ilmo. Sr. Dechelette, auxiliar de Su Eminencia el Cardenal-arzobispo de Lyon.

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para la iglesia de Imamura (Japón).—Al R. P. Pablo Houda, sacerdote japonés

Misericordia (Vicero).—D. Antonio Fernández. . . 5 Ptas.

Para las Misiones más necesitadas

Barcelona.—J. S. 6 Ptas.

Babio.—D. Manuel Amor. 23'50

ENRIQUE SIENKIEWICZ

LOS CABALLEROS TEUTONICOS

(Continuación)

Con aprobación de la Autoridad eclesiástica

—No daré un paso más, se dijo, hasta que no haya dominado por completo la cólera, que podría llevarme á cometer alguna imprudencia, que en lugar de favorecer la salvación de mi hija la entorpeciese.

Cualquiera que lo hubiese visto en aquellos momentos sobre la elevada colina, inmóvil en su cabalgadura, lo hubiera tomado por gigantesca estatua de hierro. Y sin embargo aquel inmóvil caballero estaba sosteniendo el combate más cruel y más difícil de cuantos había sostenido en su vida... ¡Luchaba consigo mismo!...

Por fin, consiguió dominarse, vencer su cólera y reprimir su sed de venganza. Y al emprender su marcha estaba seguro de que su voluntad daría cuenta de su natural, indomable hasta aquel día.

Cuando hubo llegado al castillo de Ortelsbourg detuvo su caballo y tocó el cuerno.

Al cabo de un rato el ventanillo de la puerta principal, sobre la cual se elevaba un puente levadizo, se abrió dejando aparecer el rostro barbudo de un Caballero Teutónico.

—*Wer da?* preguntó el portero en alemán.

—¡Iurand de Spychovo! respondió el caballero.

En seguida se volvió á cerrar el ventanillo, y reinó durante largo rato silencio sepulcral.

Iurand esperó con paciencia; por segunda vez tocó el cuerno, pero ahora no obtuvo respuesta alguna. Nadie se movía detrás de la puerta.

No se ocultaba á Iurand que el designio de hacerle esperar no tenía otro objeto que el de humillar su orgullo, y que acaso lo tuviesen á la puerta hasta la noche ó quizá hasta el día siguiente. Y ya empezaba á impacientarse y á sentir que la sangre hervía con violencia en sus venas. Pero recordó su decisión de permanecer tranquilo y trató de dominarse.

—¿No he venido aquí para salvar á mi hija? se decía á sí mismo.

Y esperó.

Hacia el anochecer vió llegar por el otro extremo del castillo seis hombres armados de picas y alabardas y en medio de ellos uno que caminaba apoyado en su espada.

Este, al acercarse, levantó su brazo izquierdo en señal de respeto, y dijo á Iurand con voz un tanto temblorosa:

—¿Sois vos, señor, el caballero Iurand de Spychovo?

—El mismo.

—¿Me permitiréis que os comunique el encargo que para vos me han dado?

—Os escucho.

—El poderoso jefe de Ortelsbourg, van Dandveld, me encarga que os diga que en tanto no bajéis del caballo no se os abrirán las puertas del castillo.

Iurand se quedó inmóvil algunos momentos, pero luego bajó del caballo, del cual se apoderó en seguida uno de los alabarderos.

—Y también debéis entregarnos vuestras armas, dijo el hombre de la espada.

Iurand de Spychovo vaciló un momento ante la idea de que una vez desarmado, aquellos hombres se lanzasen sobre él para asesinarle. Pero pensó que si los Caballeros Teutónicos hubiesen tenido intención de proceder de tal modo, habrían enviado mayor cantidad de gente, pues de sobra lo conocían y sabían muy bien que para habérselas con aquel puñado de hombres no necesitaba más que apoderarse de las armas de uno de ellos y exterminaría toda la partida antes de que llegasen á auxiliarnos.

Así, pues, empezó por arrojar al suelo el hacha, luego la espada, y en fin la «misericordia» (1), y esperó.

Al punto los alabarderos se apresuraron á recoger las armas que Iurand había arrojado, y después de esto el hombre que un momento antes le había hablado con tanto respeto, se aleja unos veinte pasos y grita con insolente expresión:

—Como castigo á todos los males que has causado á la Orden, el Jefe te manda que te cubras con esa camisa de crin que ahí te dejo, que te echas al cuello la vaina de tu espada á manera de sogá, y que esperes en actitud sumisa delante de la puerta hasta que te abran y te autoricen para entrar.

En seguida se alejó con sus hombres, y Iurand quedó completamente solo y la noche extendía sus negras sombras. Vió ante sí tirada sobre la nieve la camisa de crin y la sogá que le habían arrojado los soldados, y sintió en su alma horrible quebranto... Un minuto más y ya no sería Iurand de Spychovo... dejaría de ser hidalgo y caballero para convertirse en un miserable, en desgraciado esclavo sin honor, sin nombre...

Gran lucha le fué preciso sostener consigo mismo... Al fin se acercó á la odiosa camisa, y dijo:

—¿Por ventura puedo dejar de hacer cuanto me exigen? ¡Bien lo sabes, Jesús, de no hacerlo me expongo á que estrangulen á mi pobre hija! ¡Sabes también que por nada del mundo, ni aun por salvar mi propia vida, me sometería á tamaña indignidad!

(1) «Misericordia», nombre del pequeño puñal con que el caballero de la Edad Media remataba á su contrario dándole el golpe de gracia, si no pedía misericordia.—(N. del T.).

¡Es tan triste la deshonra!... ¡tan triste!... ¡tan amarga!... Mas Tú, Jesús mío, permitiste igualmente que tus verdugos inhumanos te deshonrasen antes de morir... ¡Adelante, pues; valor! En el nombre del Padre, del Hijo...

Y en efecto, cogió la camisa y se la echó encima, ató al cuello la vaina de su espada, y con paso lento se dirigió hacia la puerta del castillo.

Todavía estaba cerrada, pero ya ahora le era completamente indiferente que la abriesen más tarde ó más pronto...

Las horas nocturnas transcurrían con penosa lentitud. La silueta del castillo producía siniestro efecto, y en medio de tan profundo silencio Iurand podía oír sin dificultad los fuertes latidos de su corazón. Ni una sola luz se veía en aquella enorme masa, como no fuese la de una pequeña bohardilla en lo más elevado de la torre.

Tal era la insensibilidad y tan extraordinario el estupor en que quedó sumergido Iurand, desde el momento en que dejando su caballo se había puesto aquella especie de hoga, que no parecía sino que su alma había abandonado su cuerpo yéndose á otras regiones. Sólo se daba cuenta de un hecho, de que él no era ya Iurand de Spychovo... Pero tampoco sabía quién era... ni quería saberlo. Acurrucado delante de la puerta del castillo, había perdido hasta la facultad de pensar...

De repente sintió fuerte estremecimiento y volvió en sí.

—¡Jesús mío! profirió en voz baja. ¿Qué es esto?

Acababan de herir sus oídos, primero como eco lejano, después cada vez más claros é inteligibles, los dulces acordes de un laúd, que partían de la parte más elevada de la torre...

Al dirigirse á Ortelsbourg, Iurand no creía que Danusia estuviese allí, pues sospechaba que los Caballeros la habrían encerrado en cualquier otro castillo más apartado de la frontera. Sin embargo, al escuchar los sonidos del laúd, experimentó en todo su ser extraña conmoción. Aquella dulce melodía no le era desconocida, y algo en el fondo de su alma le decía que la que tan agradablemente interrumpía el silencio de la noche no podía ser otra más que su hija, su querida Danusia, que allí estaba encerrada en aquella torre.

Y cayendo de rodillas con las manos juntas, en actitud de dirigir al cielo ferviente plegaria, escuchó...

De súbito una voz casi infantil se puso á cantar con expresión triste y dolorosa:

Ah, si tuviese alas
como un pajarillo,
siguiera incansable
á mi Juan querido.

Iurand quiso gritar, hizo un esfuerzo para pronunciar el nombre tan querido de su hija, mas en vano, porque sus palabras se ahogaron en su garganta como si la apretasen fuertes garras de hierro... En su alma se había desencadenado un verdadero huracán de dolor, de lágrimas, de horrible

pesadumbre que agitaba con trágica violencia aquel cuerpo de gigante. Y arrojándose al suelo, con su rostro sobre la nieve, lloraba amargamente...

Entretanto la triste y lúgubre voz de lo alto de la torre continuaba cantando en medio del plácido silencio de la noche...

Sin quejarme fuera
hasta la Silesia,
yo, pobre huerfanito
de mi Juan querido.

A la mañana siguiente un alemán grueso y barbudo se acercó al anciano caballero, que yacía acostado sobre la nieve, y dándole un puntapié en la espalda le dice:

—¡Ponte de pie, perro!... La puerta está abierta y el jefe quiere hablarte...

Iurand se despertó como el que vuelve en sí de un extraño sueño. Ni retorció el cuello al indigno alemán que tan vilmente le insultaba, ni lo deshizo entre sus férreas manos. No; con tranquilo semblante y actitud humilde se levantó sin decir palabra y siguió al soldado...

Luego que hubo atravesado la puerta del castillo, oyó detrás de sí el rechinar de gruesas cadenas, al mismo tiempo que subían el puente levadizo...

TERCERA PARTE

XXIV



CUANDO Iurand se encontró en el patio del castillo, no sabía á dónde dirigir sus pasos, pues el soldado de la Orden que hasta allí lo guiara, lo había dejado solo y se había marchado á las caballerizas.

Vió por fin una puerta más grande que las demás, sobre la cual había un Cristo grabado en la piedra, y se acercó á ella. En el mismo momento se abre esta puerta de par en par, y salió á su encuentro un joven con la cabeza afeitada como los clérigos, pero en traje seglar.

—¿Sois vos, señor, Iurand de Spychovo?

—El mismo.

—El jefe me ha ordenado que os acompañe. Seguidme.

Y lo condujo á través de un largo corredor que terminaba en una escalera. Ya allí se detuvo, y mirando fijamente á Iurand le pregunta de nuevo:

—No lleváis armas, ¿verdad? Me han ordenado que lo averigüe con seguridad.

Iurand levantó los brazos al aire para que su guía pudiese cerciorarse de que en efecto no tenía consigo arma de ninguna especie, y dijo:

—Todas las he rendido ayer.

Entonces el joven le dijo en voz baja:

—Pues bien, puesto que estáis solo y sin armas, procurad no encolerizaros...

(Continuará).